

CONFERENCIA

ETICA Y ECONOMÍA DE EMPRESA*

Monseñor Jorge M. Mejía

Monseñor Jorge M. Mejía se propone explicar en estas páginas los términos "ética", y "economía de empresa", exponiendo la relación que los une. Subraya, así, que la actividad económica, reconocida en su específica autonomía y complejidad (como lo hace *Centesimus annus*), no sólo tolera sino que requiere ser regulada y animada por una ética fundada en la libertad y en la verdad. Porque ambas, la libertad y la verdad del hombre, están inseparablemente unidas.

La libertad, reitera Monseñor Mejía, es un concepto principalmente ético, es decir, se ejerce y afirma en el campo de los valores. Y si se la precisa en el campo de la economía, es "porque allí responde a un derecho inalienable de la persona humana, cual es el derecho a la propia realización y al uso de los medios que a ella conducen". Este derecho, a la vez, se inserta en el complejo sistema de derechos y deberes que definen la realidad y la estructura del ser humano.

En consecuencia, la libertad de iniciativa económica depende y se refiere siempre a la "verdad del hombre", que es "cuerpo, alma y espíritu, individuo y sociedad, cultura y trascendencia". Así, advierte monseñor Mejía, el famoso párrafo 42 de *Centesimus annus* emplea este concepto de libertad, con la doble referencia ética y religiosa,

MONSEÑOR JORGE MARÍA MEJÍA. Nació en Buenos Aires, Argentina, el año 1923; fue ordenado sacerdote en 1945 y consagrado obispo en 1986. Actualmente es vicepresidente del Pontificio Consejo de Justicia y Paz. Es consultor, a la vez, del Pontificio Consejo para los Laicos y del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos.

*Conferencia pronunciada en Santiago de Chile, en el marco del seminario "Ética y economía de empresa", organizado por la Fundación Juan Pablo II el 26 de agosto de 1992.

como criterio para discriminar entre un capitalismo positivo y uno negativo.

En cuanto a la empresa moderna, haciendo hincapié en que ella es una "comunidad de personas" —compuesta por personas para servir a personas en un contexto de personas—, se vuelve nuevamente al tema de la libertad, para señalar que los límites del mercado son también los límites de la empresa. Las exigencias éticas, concluye monseñor Mejía, indican pues que "no todo puede ser producido y vendido, ni todo es igualmente prioritario, es decir, indiferente".

Como el tema general de este Seminario, al cual he tenido el honor de ser invitado y del que espero aprovechar mucho, se enuncia así: "Ética y economía de empresa", me ha parecido oportuno en esta breve presentación introductoria explicar primero el sentido de cada uno de los términos del título, como creo que se los debe entender, para exponer al mismo tiempo la relación que los une.

El punto de referencia del Seminario, como es lógico y necesario, es la encíclica *Centesimus annus*, primer documento de la enseñanza social de la Iglesia que se propone presentar una elaboración suficientemente completa sobre el tema *mercado y empresa*, y ello, obviamente, desde el punto de vista ético y de una ética evangélica.

Si bien no sería exacto decir que es la primera vez que el Magisterio Pontificio se ocupa de la empresa (y la publicación del P. Laurent y Emanuel Jahan, *Les Eglises face à l'entreprise* [París, Centurion, 1991], aparecida en marzo del año pasado, justo antes de *Centesimus annus*, lo prueba *ad abundantiam*), es verdad que en esta última encíclica la empresa, como instrumento privilegiado de producción, es analizada bajo todos sus aspectos: no sólo éticos sino también económicos; no sólo genéricos, y por así decirlo apriorísticos, sino concretos y actuales.

Habrá, por consiguiente, que leer y releer *Centesimus annus*, sin preconcepciones de un color o de otro, siguiendo las reglas usuales de hermenéutica de los textos papales, a fin de dejarse enseñar por ella, y no tanto enseñar a propósito y con ocasión de ella. Exégesis y no eiségesis es lo que se pretende; y es lo que yo querría hacer en lo que sigue, a fin de aprovechar toda la riqueza de un texto papal que se sitúa ciertamente en una corriente de tradición, como el texto mismo nota (el centenario de *Rerum novarum*), pero que en esa tradición marca una época: *nova et vetera*, como dice el número 3 de la encíclica, citando la conclusión del discurso parabólico en el Evangelio de Mateo (13, 52).

La ética

Hoy todo el mundo habla de ética. Dicho de manera negativa: ¿quién osaría defender hoy, en principio, aun en medios de extremo liberalismo (por no hablar del marxismo de capa caída), que la economía nada tiene que ver con la ética, que se rige por sus propios principios y leyes, y que si hay valores implicados ellos serían, a lo sumo, el respeto del séptimo mandamiento: no robar, o sea, respetar la propiedad privada? Y esto ya es algo, siempre que la propiedad se entienda en el recto sentido, y la motivación para respetarla sea la verdadera, como enseguida diré.

Surgen así, por todas partes, cátedras e institutos de ética económica, o de ética de empresa, o (como se dice en jerga técnica, ya internacional): *business ethics*.

La cuestión es de qué ética se trata. Porque a veces se oye decir, incluso en seminarios como éste, que la ética que se quiere promover es un factor necesario, por decirlo así, de la eficiencia económica. Es decir, si quieres que tu empresa progrese y produzca dividendos, respeta las reglas del juego. O bien: sé tú laborioso y sobrio y tu empresa marchará bien. Todos nos acordamos (pienso), en este punto, de las consideraciones weberianas sobre la relación entre protestantismo y capitalismo o eficacia económica. Digo claramente que, al menos en una perspectiva histórica, esta relación de ecuación me ha parecido siempre singularmente superficial. Cuando los monjes cistercienses reformaban y definitivamente orientaban la economía agraria de media Europa, no eran por ello menos católicos.

Sea como fuere, si es verdad que hay una relación entre virtudes, por así llamarlas, laborales —sobriedad, ahorro, puntualidad y diligencia en el trabajo— y eficiencia económica, la relación permanece todavía bastante externa; afecta, en realidad, no tanto a la actividad económica en sí misma, cuanto a la persona que la ejerce.

Por otra parte, la motivación de esta clase de ética no es, a decir verdad, una motivación propiamente ética. Si, en efecto, se observan ciertas normas de conducta personal porque así la empresa o el negocio han de prosperar, no se ha alcanzado todavía el verdadero nivel correspondiente a la dignidad de las acciones humanas como tales. El bien y el mal no se siguen o se rechazan porque convenga en lo personal, o a la tarea que se desempeña, sino porque simplemente lo uno es el bien y lo otro es el mal. Y así, aunque al seguir el bien y rechazar el mal el sujeto actuante pudiera sufrir o sufriera detrimento, lo mismo habría que hacerlo. Se falsearía la concurrencia, pues, si el empresario dejara de respetar las leyes justas sobre los impuestos porque ello no conviene a su proyecto económico o porque

otros no lo hacen. Y se pueden poner muchos otros ejemplos similares que muestra la vida cotidiana. Pensemos en los pretextos que ahora se aducen para explicar por qué se cede a la corrupción de tal o cual administración pública.

Se requiere, entonces, una ética que no sea de mera conveniencia y, por lo tanto, edificada sobre arena. Se precisa una ética que regule desde dentro la actividad económica, y no solamente desde fuera.

Esto supone, y quiero decirlo explícitamente, que esta actividad es reconocida primero en su propia y específica autonomía y en su creciente complejidad; y no reducida a un esquema apriorístico desencarnado, en el cual ningún empresario se reconoce. Uno de los méritos de *Centesimus annus* estriba en que esta autonomía, incluso en su complejidad tan especial, es reconocida y aceptada. Por eso, sin duda, los economistas —según he podido comprobar personalmente— y los operadores económicos se reencuentran en ella.

Ahora bien, precisamente esta autonomía y esta complejidad específica de la actividad empresarial, parte o caso particular a su vez de la autonomía y complejidad de la vida económica de nuestras sociedades actuales, no sólo soporta o tolera una regulación ética digna de ese nombre, sino que *la requiere*.

No se trata, en verdad, de encanalar solamente o de poner frenos o diques a la actividad empresarial, sino de *animarla* en su tarea propia. La moral no es un *garde-fou*, una camisa de fuerza, sino un camino que se recorre libremente, aun cuando sea un camino estrecho y empinado. Porque nadie ha dicho que sea fácil.

Una ética que no sea de mera conveniencia y que no se contente con regular desde fuera y a fuerza de imperativos categóricos la actividad económica o, *tout court*, la *actividad humana*, es una ética en la *verdad* y en la *libertad*, la una inseparablemente fundada en la otra. Y aquí no necesito presentar la lista de la serie de párrafos en que *Centesimus annus* vuelve sobre esta intrínseca relación de la libertad con la verdad, desde casi el principio (Nº 4), hasta prácticamente el fin, en el discurso sobre la democracia (Nº 46).

Como estos textos no siempre son objeto de la debida atención, cito brevemente los dos a que acabo de aludir. En el Nº 4 nos dice lapidariamente: "¿[D]e dónde derivan todos los males frente a los cuales quiere reaccionar la *Rerum novarían*, sino de una libertad que, en la esfera de la actividad económica y social, se separa de la verdad del hombre?". Y en el Nº 46 añade: "La libertad es valorizada en pleno solamente por la aceptación de la

verdad", y continúa: "En un mundo sin verdad, la libertad pierde su consistencia".

¿Qué quiere decir esto para nuestro discurso actual sobre ética y economía de empresa? El papel de la *libertad* parece claro: y si yo preguntara a los empresarios aquí presentes cuál es la condición necesaria de la propia actividad económica, responderían sin vacilar la libertad. La experiencia catastrófica del socialismo real está muy viva, además, en las memorias como para dudar que una economía dirigida y/o burocratizada es una economía que se autodevora y que, en lugar de producir, tarde o temprano se destruye a sí misma. Cuando producía algo, como el complejo militar-industrial de la ex Unión Soviética, lo producía —se puede decir— *a pesar* del sistema. En esto, creo, hoy estamos todos de acuerdo, no obstante los accesos de dirigismo que pueden aparecer todavía aquí y allá.

Una vez más, sin embargo, es necesario esclarecer los términos.

La libertad no es primariamente un concepto económico, ni su realización preferencial pertenece al campo de la economía.

La libertad *humana* es un concepto ético, y por consiguiente se ejerce y se afirma en el campo de los valores; y si se la requiere en el campo de la economía, es ante todo porque allí responde a un derecho inalienable de la persona humana que responde a su vez a la "verdad del hombre", para usar la misma expresión del Papa, citada más arriba. El derecho en cuestión es el derecho a la propia realización y al uso de los medios que a ella conducen, el derecho "a la iniciativa económica", en términos de la encíclica *Sollicitudo rei socialis* (Nº 15) y de *Centesimus annus*.

Este derecho es tanto más valorado hoy, cuanto no sólo la caída del socialismo real sino también el amplio campo que se abre a la actividad económica —en función de la intensificación de los conocimientos científicos y de la renovación de las tecnologías— invita a las personas a poner por obra su imaginación y sus capacidades.

Pero el mismo derecho a la iniciativa económica se inserta en el complejo sistema de derechos y deberes que definen la realidad y la estructura del ser humano; es decir, de nuevo, "la verdad del hombre".

¿Qué significa esto, concretamente? Una libertad de iniciativa económica que fuera fin en sí y no tuviera en cuenta la totalidad de la compleja realidad humana —cuerpo, alma y espíritu, individuo y sociedad, y destino eterno hasta encontrarse con Dios—, se niega a sí misma y deja de tener un valor ético. Es una libertad no sólo al margen sino (a menudo, al menos) contra la verdad.

El único valor —o el valor supremo— no es, en efecto, la actividad económica, o aquello a lo cual ella tiende, la producción siempre renovada

de bienes y servicios y la ganancia que de ella deriva, y que es, por cierto, buscada y querida por quien produce.

Estos son valores, y estoy dispuesto a decir valores importantes, en sociedades como las nuestras, donde el ciclo trabajo-producción-ganancia-reinversión es como la estructura portante de la sociedad misma. El Papa lo admite sin reservas en *Centesimus annus* (cf. por ejemplo, el N° 35 para la ganancia), como en otros textos.

Pero el hombre es más que eso, y la vida económica, por necesaria y absorbente que sea, no es toda la vida humana.

De nuevo, no se trata solamente de las virtudes "laborales" personales del *homo oeconomicus*, sino de "la verdad del hombre", a la cual se refiere y de la cual depende la libertad de iniciativa económica.

Quisiera explicar esto de la manera más clara posible, a fin de evitar equívocos y paralogismos.

Decía que el hombre es cuerpo, alma y espíritu, individuo y sociedad, cultura y trascendencia. En esta área de realidades humanas se inserta la iniciativa económica; y, en general, toda la actividad en ese orden. Y, por consiguiente, también la ética económica.

Esto quiere decir que la economía y el sujeto o los sujetos que la ejercen tienen que tener en cuenta la propia dimensión espiritual, el contexto familiar, el prójimo, la sociedad y el destino eterno, es decir, Dios. Y tal necesidad no se satisface solamente, como he dicho más arriba, con la mera práctica de las virtudes del trabajo. La actividad económica en su propia realidad intrínseca se ve así afectada: no puede tomar al hombre (o a la mujer) tan plena, tan radicalmente que su vida interior, su familia, los otros, el mundo en el cual vive, las necesidades presentes y futuras de la sociedad, queden al margen, como tantas hojas secas.

Todo esto tiene, además, valor *normativo*, y no solamente contextual. Es decir: no se trata de algo que está solamente, o existe, y uno no tiene más remedio que adaptarse, mientras no se presente una salida mejor. Al contrario, ello determina la propia actividad, las propias decisiones, las prioridades, al igual que —si no en mayor medida— las exigencias técnicas internas.

Por eso dice *Centesimus annus* (N° 36), o sea el Papa, en primera persona: "Me refiero al hecho de que también la opción de invertir en un lugar y no en otro, en un sector productivo en vez de otro, es siempre una *opción moral y cultural*. Y continúa: "Dadas ciertas condiciones económicas, y de estabilidad política absolutamente imprescindibles, la decisión de invertir, esto es, de ofrecer a un pueblo la ocasión de dar valor al propio trabajo, está asimismo determinada por una actitud de querer ayudar y por la confianza en la Providencia, lo cual muestra las cualidades humanas de

quien decide". Hasta aquí el Papa. En el fondo, no he hecho más que interpretar este párrafo, lo que he citado y lo que no he citado.

¿Limita esto la libertad? Se puede decir que sí y que no. Que *sí*, porque le pone límites; que *no*, porque al limitarla paradójicamente la libera.

Todo depende de cómo se concibe la libertad. Si se la concibe como un absoluto en sí, sin más norma que la posibilidad de elegir lo que convenga o aproveche en un momento dado, no hay nada que objetar: lo dicho la limita, obviamente sin suprimirla. Siempre se puede decir que no y hacer como si no existiera Dios ni los otros hombres ni, en el fondo, la verdad auténtica de uno mismo.

Pero sabemos cómo esto encadena la libertad, y cómo la experiencia de cada uno de nosotros, como la describe admirablemente San Pablo, o sea, la Palabra de Dios, en el cap. 7 de la Carta a los romanos, es la de una libertad *encadenada*. Más la consideramos absoluta, más se la encuentra sometida. Solamente la "verdad", dice el Señor en el Evangelio según San Juan (8, 32), es decir, El mismo, nos "hará libres".

¿Y el Estado? ¿Qué hacemos del Estado?, se puede preguntar a esta altura. Porque la traba a la libertad que encuentra en el camino el operador económico o el empresario no es tanto la moral, sino la ley, el intervencionismo, el dirigismo.

En efecto, la moral se puede ignorar, aunque vuelva después por sus fueros. El Estado está allí y no se lo puede soslayar.

Bien conscientemente, recién ahora he pronunciado la palabra Estado, que a muchos operadores económicos (no sin razón) pone los nervios de punta. He hablado de sociedad, y del necesario contexto social donde el hombre ejerce su actividad económica, que es otra cosa. La sociedad es intrínsecamente normativa; y añado ahora, para salir del círculo estrecho de un país, la sociedad nacional y la *internacional*.

El Estado es el responsable del bien común de la sociedad y el gestor del mismo, pero sólo en nombre y en función de la sociedad. Y, a este título, es el protector y el garante de la libertad de todos, especialmente de los más débiles, y de todas las libertades, comprendida la económica. No puede, así, dejar que unas libertades ahoguen otras, ni que el libre ejercicio de algunas reduzca a otras a la impotencia. El discernimiento y la dosificación de esta proporción de libertades, que se llama justicia social, son delicados y difíciles. Nadie lo niega; y variarán según las épocas y las sociedades. Pero no se los puede suprimir, si la vida social no ha de convertirse en una selva, donde cada cual hace de lobo para el prójimo. El precio a pagar es un control estricto del Estado por parte de la sociedad, que por eso debe ser democrática y participativa, si quiere estar a la altura de las propias libertades.

Este continuo diálogo entre sociedad y Estado ¿limita la libertad? Digamos mejor que le señala un cauce, incluso a la libertad de iniciativa económica.

Así lo dice Juan Pablo II en *Centesimus annus*, en el N° 42 que se ha vuelto famoso, aunque rara vez se lo lee y comenta íntegramente. Se trata de la calificación que se debe dar al "capitalismo" (entre comillas en el texto). Hay una posible calificación positiva y otra negativa.

La primera dice: "Si por 'capitalismo' se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta ciertamente es positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de 'economía de mercado' (...)"

Y sigue con la segunda calificación, negativa: "Pero si por 'capitalismo' se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa".

El criterio de discriminación es, entonces, como he querido mostrar en lo que precede, la concepción de la libertad, con la doble referencia ética y religiosa.

Se reconocerá que también yo he procurado mantener desde el principio el enraizamiento religioso de la ética o, empleando el término usado más arriba, la motivación religiosa.

Una vez más, *religiosamente* ético no es solamente el hombre (o la mujer) que ejerce la actividad económica, como si aquello fuera incidental respecto de esto, como si se pudiera ser "religioso" y "ético" realizando una actividad económica o dirigiendo una empresa éticamente "neutra". Lo religioso y lo ético abarcan y orientan la creatividad económica misma, siendo ella la vocación de esas personas, que las lleva a Dios y al prójimo o de ellos las aleja. Por eso, la ética del cristiano (y del empresario cristiano) no puede ser sino evangélica. Es decir, no puede ignorar a los pobres y la pobreza.

La empresa

Y paso a la *empresa*, mencionada por Juan Pablo II en el párrafo recién citado.

Aquí será más fácil entenderse en los términos. Más bien, uno debería preguntar a los empresarios presentes si se reconocen y encuentran en las

varias referencias que el Papa hace sobre esta central realidad económica a lo largo de *Centesimus annus*, donde se desarrolla —puede afirmarse— toda una concepción de la empresa.

No la voy a repetir aquí. Me limitaré únicamente a dos o tres aspectos, que pueden ser ampliados en la discusión que sigue.

Si empresa y libre mercado no son necesariamente correlativos, porque el libre mercado ha podido existir (y, en parte, existe todavía en lo que se llama la economía "sumergida") sin la empresa, esta última no puede existir verdaderamente sin la libertad de mercado.

Volvemos, por consiguiente, al tema de la libertad. Quema solamente añadir ahora que los límites del mercado son también los límites de la empresa. No todo se puede comprar y vender; no todo se debe producir, aunque se pueda. No todo se rige por las solas leyes del mercado.

En el famoso N° 34 de *Centesimus annus*, donde se afirma que "da la impresión de que, tanto a nivel de Naciones, como de relaciones internacionales, el *libre mercado* sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades", se dice enseguida que "esto vale sólo para aquellas necesidades que son 'solventables', con poder adquisitivo, y para aquellos recursos que son 'vendibles', esto es, capaces de alcanzar un precio conveniente". Y continúa el texto: "Pero existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado"; para concluir "Es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que queden sin satisfacer las necesidades humanas fundamentales y que perezcan los hombres oprimidos por ellas".

Aquí también el lenguaje es, por un lado, descriptivo, y acoge las realidades económicas en el valor propio que hoy se les atribuye; por el otro, es normativo y señala los límites más allá de los cuales el mercado no puede jugar y tampoco, por consiguiente, la libre actividad económica, caracterizada por la empresa, aunque no reducida a ella, como enseguida se verá.

Si aplicamos estas consideraciones éticas (porque normativas) a la empresa, me parece que se pueden deducir dos consecuencias: una interna, concerniente a la constitución y el funcionamiento de la empresa; la otra atañe a su ámbito operativo.

La primera se refiere a las *personas*. Las empresas modernas, aún sofisticadas como son, y a veces parte de un inmenso juego financiero que parece despersonalizarlas del todo, están compuestas por *personas*, para servir a *personas*, en un contexto de *personas*.

La verdadera ecuación no es: capital más técnica más mercado más obreros, empleados y dirigentes; sino exactamente a la inversa: personas

más mercado más técnica más capital. No insistiría demasiado en el orden de los demás factores, pero sí en el primero (o el último, en la otra hipótesis), o sea, las personas.

En esta doble enumeración las he reducido a quienes llevan la empresa adelante, pero no hay que olvidar a todas las demás, para quienes la empresa trabaja y a quienes tiene en cuenta el párrafo recién citado de *Centesimus annus* (Nº 34).

Aún ahora la empresa es una "comunidad de personas", como la Iglesia siempre ha enseñado y la última encíclica reitera. No entendamos esto de manera minimista o meramente sentimental.

Las personas, dice *Centesimus annus* en otro texto memorable (Nº 32), son "el factor decisivo" de producción; es decir: "[S]u capacidad de conocimiento, que se pone de manifiesto mediante el saber científico, y su capacidad de organización solidaria, así como la de intuir y satisfacer las necesidades de los demás". Léase, el "empresario", pero sin olvidar a los destinatarios de los bienes producidos (aquéllos cuyas necesidades se intenta satisfacer) y a aquellas personas gracias a cuyo esfuerzo cotidiano la empresa funciona, o sea, los trabajadores y empleados.

Estos, porque son personas, no pueden ser vendidos ni comprados. Ellos no pertenecen al "mercado", a pesar de la expresión que a veces se usa para designarlos. Viven de la empresa, pero la empresa vive de ellos. Esta no les "roba" su plusvalía, como enseñaba Marx, si al pagarles un salario los incorpora a la producción como el primer factor determinante y, en realidad, humanizante de la misma.

De aquí se deduce también —siempre al interior de la empresa— el sentido y la justificación de la ganancia. Ya aludí a ese texto capital de *Centesimus annus* (Nº 35) que todos conocemos y del cual leo solamente las últimas frases: "Es posible que los balances económicos sean correctos y que al mismo tiempo los hombres, que constituyen el patrimonio más valioso de la empresa, sean humillados y ofendidos en su dignidad. Además de ser moralmente inadmisibles, esto no puede menos de tener reflejos negativos para el futuro, hasta para la eficiencia económica de la empresa", porque (añado) tiende a destruirla como comunidad de personas.

Consecuencias, decía hace un momento, para el interior de la empresa. Consecuencias también para su función de "intuir y satisfacer" las necesidades de las personas.

Las exigencias éticas indican que no todo puede ser producido y vendido, ni todo es igualmente prioritario, es decir, indiferente. Esto sólo podría ser así si el beneficio fuera no "un elemento regulador de la vida de la empresa" (en frase de Juan Pablo II, 1, c.) sino el único. Entonces, sin

duda, lo mismo da producir armas que alimentos, o artículos suntuarios que de primera necesidad, por no hablar de aquellos productos que no sirven sino para el mal, como la droga y otros.

No quiero hacer una casuística y menos aún trazar una lista de productos lícitos o ilícitos. Mi intención es mostrar que, en una economía de libertad, la libertad no puede servir, como enseña San Pedro (1 Pe 2, 16), de pretexto para el desenfreno (que existe también en economía), sino que se realiza reconociendo y aceptando sus límites.

Me queda por mencionar otros dos aspectos de la economía de empresa que *Centesimus annus* no se propuso tocar, aunque están muy presentes en la vida económica actual. Es claro que las encíclicas no pueden decir todo, ni siempre deben decirlo todo. Está, además, la elaboración de la Doctrina Social de la Iglesia por parte de aquellos que se ocupan de ella o de quienes la aplican, como los empresarios.

Los enuncio solamente, para dejar el debate abierto y subrayar de paso su pertinencia directa al ámbito de la ética de valores, sin olvidar la ética evangélica.

Se trata de la *concurrentia* con sus reglas y sus peligros. Y se trata también, y no sin relación con lo anterior, de lo que se llama (bárbaramente) la "financiarización" de la economía: la aparente desviación del eje de la actividad económica desde la producción al mercado financiero mundializado, calificado de improductivo, y el consiguiente ingreso, más o menos definitivo, de los capitales de las empresas en este mercado, con todo lo que ello puede implicar para las personas. Todos sabemos lo que una OPA (opción preferencial de compra) "salvaje" puede representar no sólo para los trabajadores, sino para los accionistas y los destinatarios de una actividad productiva. Y, a nivel mundial, son quizás fenómenos como éstos (o como el *inside trading*) los que pueden haber hecho sentir más vivamente la necesidad de la ética en el campo económico.

Pero no es solamente entonces cuando se requiere a la ética; cuando, a saber, la libertad puede haberse realmente devorado a sí misma —según decía más arriba—, sino en la simple cotidianidad de la vida de hombres y mujeres que queremos concurrir a la construcción de "una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación" (*Centesimus annus*, N° 35). Una sociedad, en suma, donde reine la libertad, como Dios nos la ha dado y Cristo nos la ha restituido. □